

LA CASA DE MI MADRE

Estaba solo, en el porche de mi casa, y aunque una helada brisa circulaba alegre y ligera, no me molestaba, ni me sacaba del placer de la lectura del libro que tenía entre las manos.

Los sillones de mimbre eran el complemento ideal para el momento de ensoñación que estaba viviendo. Más allá, en el horizonte, se dejaban ver los relámpagos de alguna tormenta demasiado lejana que, como otras veces, pasaría de largo.

Aquel verso me llegó muy hondo, provocando volcanes de sentimientos en mis venas:

*Tengo sed de lo que esconde tu bodega,
tengo hambre de la fruta de tu huerto;
quiero beber el jugo que sosiega
y comer la manzana de tu pecho abierto;
embriagarme del fluido de tus venas
y saciarme de la miel de tus colmenas.*

*Quiero amarte como aman las cadenas,
besarte como besa una lapa,
cantar a tus dones como cantan las sirenas,*

...

Entonces, como un trueno, sonó el teléfono, sacándome de la osada ensoñación del verso de aquel libro titulado “*Con paso lento*”, cuyo autor había tenido el placer de conocer unas fechas atrás.

Era mi madre. No se porqué, pero en ese momento sentí el mordisco del frío, los árboles a mi espalda dejaron escapar una protesta con sus voces susurrantes. El hielo del vermut, sorprendentemente, se había derretido. Con su melodiosa voz, *mamá*, me informaba de que le iba a ser imposible regresar en los próximos quince días, como tenía previsto, a pasar esas dos semanas en su casa- era una forma de decirlo, porque aquello era más bien un palacete. Comprendía el estropicio que ello me producía, pero insistió por activa y por pasiva que le era *imposiblemente imposible* estar esas fechas en casa. Me rogaba encarecidamente que echase un vistazo a la casa, abriese las ventanas un par de días y luego volviese a cerrarlas, y que necesitaba unos documentos que estaban *encima de todo* en el arcón de su dormitorio.

Era osada mi madre. Sabía como molestarme hondamente, y ya desde ese momento estaba convencido de que todo aquello lo hacía, efectivamente, para molestarme. Un momento antes mi espíritu bailaba tan alegre como las hojas sobre el césped, pero ahora estaba helado, mordido por un frío inexistente.

Poniendo el mejor tono posible a mi voz- gracias que no vio mi mirada, más similar a los relámpagos que se veían a lo lejos- le dije que descuidara, me acercaría a su casa para ver que todo estaba en orden, aunque una oscura sugestión se estaba apoderando de mi ánimo.

Volví a abrir el poemario, pero ya no era igual. No podía ver en aquellos versos a la aurora boreal danzar sobre los hielos como hasta unos momentos antes, sino que sentía los pensamientos erráticos, deslavazados, mientras sufría una arcada de temor.

¡La casa de mi madre! Pensé en ella, pensé sin apenas darme cuenta. Y en la bóveda laberíntica de mi cabeza fue tomando forma una obscena sombra espectral, dormida desde los tiempos primigenios, todo a su alrededor era lóbrego y angosto, y el horror alimentaba su insana e inmemorial presencia.

Desperté de aquella pesadilla y miré nuevamente el cielo, a lo lejos. La tormenta se acercaba, lenta, pero se acercaba. Eran las siete de la tarde y decidí dejar la visita a casa de mi madre para la tarde del día siguiente, a primera hora. No deseaba que se me hiciese oscuro en un lugar que no me despertaba ningún sueño placentero.

Mis sueños no fueron, efectivamente, apacibles aquella noche. De ellos permanecía una idea, extraña, inopinada, y podría decir que petrificadora: había soñado con cientos de esculturas, figuras, detalles en fachadas, en traquita. Cuando llegué a la oficina busqué en internet y supe que la traquita es una roca volcánica muy oscura. ¿Una roca volcánica? ¡Sueños!, me dije. Pero, además, sobre ese nombre, y con potencia inexplicable, golpeando con toda su fuerza en mis sienes: “incinérala”, “quémala”. Esas dos palabras casi ponían de punta los pelos de mi enmarañada barba.

Y allí estaba. Eran las cuatro de la tarde y me acercaba a la casa de mi madre. Desde que entré en el terreno que rodeaba la enorme mansión tuve que reconocer la fecunda potencia de aquellas tierras, pues me presentaban a ambos lados de la carretera un campo exuberante, una proliferación de todo elemento vegetal, incluso los que no eran autóctonos: una alfombra de hierba verde esmeralda, cientos de arbustos, miles de plantas de flor, cientos de árboles de una altura que, en determinados puntos, impedían el paso de la luz solar. Tres kilómetros después la exuberancia vegetal dio paso a una enorme casa que se elevaba casi cuarenta metros desde el suelo.

Aparqué el coche al lado mismo de la puerta. El sol brillaba intenso, aún faltaban cinco horas para el atardecer. Comprobé, una vez más, que llevaba las llaves de

la enorme puerta, que no voy a describirla, es algo que debe ser innominado, y me producía arcadas de pavor; así que, con la mayor rapidez que pude, rodeé la casa, de planta cuadrada y cuando lo hice, me dispuse a entrar en aquel mundo prohibido.

¡Deberíais haber estado allí y sentir sobre el rostro el perpetuo olor congelante! Encendí todas las luces casi con locura, pues la blanca luz del sol se negaba a entrar en aquella prisión de extrañas formas, de retorcidas columnas, de ángulos que me recordaban las pesadillas de Lovecraft, sacadas de los negros abismos de la esquizofrenia.

Frente a mí estaba la tiranizante escalera, de peldaños de granito verde, que subía al piso superior, de una anchura que permitiría a diez hombres subir al mismo tiempo, dejando espacio entre ellos. Las grandes lámparas del zaguán de entrada estaban a mi espalda y me detuve ante el primer peldaño.

Entonces se produjo la oscura sugestión que aún hoy, diez años después, mantiene a mi mente en este estado de laberíntica locura. Me atenazó una oleada de repulsión de enorme fuerza, avasalladora de mi espíritu. Vi con volcánico terror cómo mi sombra se giraba y se escondía tras de mí, mientras las descomunales escaleras hundían sus peldaños en oscuros abismos insanos. En los bordes de la escalera comenzaron a manifestarse formas grotescas y oscuras. ¡Sí! Eran estatuas de traquita, de una realidad que me congelaba el alma; el olor era insoportable, como si un millón de tumbas corrompidas se hubiesen abierto en ese momento.

Fue entonces cuando noté algo que tiraba desde dentro de mí. Con profundo horror desquiciado supe, y no sé cómo, que algo o alguien estaba intentando entrar en mí para arrancarme el alma. Mi determinación no dudó ni un instante, di unos pasos atrás, y aquella sensación de un abrelatas abriéndome el pecho cesó, pero sabía que no dejarían de intentarlo. Lo harían de otra forma, en otro momento.

¿Por qué no giré y salí corriendo? No sé responder a esa pregunta, pero ahora doy gracias a no haberlo hecho. Porque la oscuridad comenzó a descender desde la parte alta de la escalera, como la bruma en las prohibidas ciénagas, como el pesado humo de determinados espectáculos, que no asciende, sino que se pega al suelo. Aquella incognoscible oscuridad chapoteaba escaleras abajo para desvarío de mi atormentado entendimiento.

Entonces vi dos ojos de mirada más fría que el hielo negro, que se abrieron por primera vez en siglos. Tras ellos una enorme masa viscosa y negruzca, una babosa de proporciones gigantescas. Alrededor de su cabeza, donde destacaban tales aviesos ojos y una boca de afilados colmillos, varios tentáculos dentados y otras probóscides y protuberancias formaban un indescriptible horror. De ese ser provenía el perpetuo olor que flotaba en el ambiente de aquella casa, y supe por su mirada, que era enemigo de cualquier forma de vida, pues todas eran para él su alimento.

Su atroz voracidad no se detendría ante nada. Las protuberancias que rodeaban su cabeza terminaban en forma de pequeñas cabezas sin ojos, de sus bocas brotaban dientes succionadores, tan temibles como los de la boca principal. Tanto los tentáculos como las pequeñas cabezas se agitaban impacientes a cada estremecimiento del engendro.

Padecía hambre de cientos de años, aguantada sin posibilidad de remediarla, esperando aletargado el momento actual. Un nuevo estertor sacudió su inmundo cuerpo cuando su maldita mente se fijó en mí. Supe, y desconozco cómo, que aquella horrible pesadilla era el último engendro vivo de una raza que pobló los brezales mucho antes que los Homosaurios, antes del primer cataclismo. Y supe, no me pregunten cómo, que su único enemigo era el fuego.

Le eché un último vistazo, que me provocó nuevas arcadas de terror. Los tentáculos se alargaban y encogían impacientes, anhelando clavar sus dientes internos sobre la carne de la cercana presa, deseosos de inyectar su veneno, mortal para cualquier ser viviente. Junto al ponzoñoso y gelatinoso cuerpo de la aberración, las estatuas de traquita tomaban vida y se disponían a bajar las escaleras.

“Incinérala”. “Quémala” retumbó en mi cabeza. Corrí. Corrí con insana determinación y cerré el abismal portón. Los árboles protestaban a mi espalda con voces ululantes, susurrando palabras que no podía entender, llamando, llamando desde su mundo de blanca luz.

Me ofrecieron ramas secas, hierbajos, hojas que apilé junto al portón. Sudaba y mi sudor olía apestosamente, como si se hubiese contagiado del exudado por la abominable babosa.

Y entonces le prendí fuego.

Monté en el coche y me alejé casi medio kilómetro, para desde la distancia contemplar con demente delectación cómo ardía la casa. No sé cuanto tiempo estuve carcajeándome, pues cuando miré el reloj eran las nueve de la noche. Cogí el teléfono móvil y llamé a mamá.

- ¡Debes venirte inmediatamente! ¡La casa está ardiendo y no sé si los bomberos llegarán a tiempo!

Como pueden suponer, no llegaron a tiempo.